

Requisitos para una buena teoría sociológica

Por ARNOLD M. ROSE

De la Universidad de Minnesota, Estados Unidos de América. Colaboración especial para la *Revista Mexicana de Sociología*, vertida del inglés por Óscar Uribe Villegas.

I. Requisitos generales de la teoría

Desde los principios de la investigación sociológica, gran parte de las discusiones se han orientado hacia el problema de determinar si es o no es deseable la teoría en la realización de las investigaciones. Un sociólogo tan importante como W. F. Ogburn piensa que la teoría debería de surgir en un estadio posterior de desarrollo, una vez que un número considerable de investigaciones hubiere conducido a la aprehensión de los hechos sociales. Muchos de los primeros investigadores podrían haber hecho observar, con justicia, que no conocían la forma de ligar sus investigaciones con la "teoría", término con el que se referirían a los "grandes sistemas" de algunos de los primeros sociólogos.

Merton —más recientemente— también la ha emprendido contra "la especulación omnicomprehensiva" de la "gran teoría", y ha propuesto que los sociólogos trabajen con "teorías de alcance medio". Éste es un ataque implícito contra un hombre de paja, puesto que la mayoría de lo que se designa como "grandes teorías" por parte de los sociólogos, o no son en forma alguna teorías o son pobres teorías —en el sentido en que definiremos "pobre", en contraste con "bueno" en relación con la teoría, tal y como la concebimos en este artículo.

Toda teoría tiene ciertas características requeridas, y sólo lo que satisface esos criterios puede llamarse teoría — "alta o grande", "de alcance medio" o de "bajo nivel". Las especulaciones, las analogías, los dogmas, no son teoría, ni lo es una hipótesis *ad hoc*.

De este modo, toda teoría lo es “de alcance medio” en el sentido de Merton, y no tiene caso establecer una teoría “de alcance medio” de alguna otra clase. Un segmento de una teoría —tal como la teoría de la *anomia* o la que se establece acerca de la privación relativa, que son ejemplos que Merton ha trabajado de una manera útil y que ha designado como ilustraciones de una teoría de alcance medio— tienen sentido o significado sólo en cuanto derivaciones de una teoría más comprensiva.

Durkheim tenía una teoría comprensiva, de la que las hipótesis acerca de la *anomia* constituían tan sólo un segmento, que se presenta en forma comprensiva en su *División del trabajo social* y que se ejemplifica en su estudio del *Suicidio*.

En forma parecida, las hipótesis acerca de la “privación relativa” se derivan, consciente o inconscientemente, de la *Teoría de la interacción simbólica* de Max Weber, de Charles H. Cooley, de George H. Mead y de otros.

Por su utilidad seminal en la investigación socio'ológica, estas teorías comprensivas han sido de enorme valor —e incluso han definido lo que es sociológico, permeando así toda nuestra disciplina. Y resulta altamente desorientador establecer “teorías” de la anomia y de la privación relativa que se opongan a ellas.

En este artículo, daré por supuesto el que —implícita o explícitamente— siempre se usa alguna clase de teoría en las investigaciones, y que el problema importante para el investigador consiste en determinar qué es lo que constituye una *buena* teoría. Una teoría establece los supuestos y las proposiciones generales a partir de las que se derivan las interrogantes a las que hay que responder o las hipótesis que hay que someter a prueba; especifica cierto instrumental constituido por definiciones (conceptos) y clasificaciones; relaciona la investigación con los hallazgos de investigaciones previas y con los prospectos de futuras investigaciones y, en general, proporciona a la investigación dirección y límite. Si estas funciones las realiza mal, la investigación sufrirá, obviamente, las consecuencias.

La función crucial de una teoría consiste en permitir que se derive de ella una hipótesis o una interrogante significativa (o sea, una hipótesis o una interrogante que sean importantes o útiles) para la investigación, la cual, a su vez, se convertirá en correcta y/o significativa al relacionarse con hechos aprehensibles y pertinentes.

Debo reconocer que, en la mayoría de las investigaciones sociológicas, las hipótesis o interrogantes, no “se derivan” en un sentido estrictamente lógico de la teoría, sino que proceden solamente del estímulo producido

en la mente del investigador por dicha teoría, y del reconocimiento de que *no* son lógicamente *incompatibles* con ella.

De poco le vale a la ciencia tener una poderosa metodología y todo un instrumental o batería de técnicas de investigación, si los investigadores utilizan una teoría pobre. Porque la teoría produce los hallazgos de la investigación en el mismo grado en que los encuentra el método, y una teoría incorrecta dará por resultado hallazgos incorrectos en caso de que el método sea adecuado, y resultados ambiguos en el caso de que el método sea endeble. Específicamente, la teoría proporciona los hallazgos en forma embrionaria, y el método o tiene que confirmarlos o tiene que negarles confirmación, seguidamente. Una mala teoría, o desvía al investigador hacia sendas extraviadas, o le impide ver cuáles son los hechos importantes.

Puesto que son tantas las investigaciones sociológicas que se han realizado sin una teoría *explícita*, las anteriores afirmaciones pueden hacer que nos preguntemos si han conducido a hallazgos válidos. La respuesta puede ser “sí” en la mayoría de los casos, puesto que, la teoría *implícita* bien pudo ser correcta.

Cuando un investigador usa inconscientemente una teoría implícita, como guía de su investigación, es probable que se esté apoyando en alguna teoría simple, rectilínea, que “flota en el aire” dentro de su disciplina. Es probable que tal teoría —dentro de ciertos límites— sea una teoría correcta y buena en los términos en que la hemos definido anteriormente. Pero, dicho uso de la teoría implícita no permite una investigación de hechos más complicados o más oscuros. Cuando los investigadores marchan en busca de estos últimos, se sienten impelidos a explicitar su teoría —a explicar por qué razón sondean lo que “no es obvio” Es entonces cuando tienen que abandonar la teoría simple que puede existir o estar “flotando en el aire”, y es entonces cuando hay probabilidades de que sean desviados por una mala teoría.

De este modo, tan pronto como dejamos aquel estadio de la sociología en que era posible el “empirismo de la olla de polvo” —constituido realmente por investigaciones guiadas por teorías simples, implícitas, que forman parte del pensamiento general de todos los sociólogos— necesitamos aclarar qué es lo que constituye una buena teoría. Los sociólogos debemos discutir esto más ampliamente; necesitamos buscar la guía de las ciencias más desarrolladas, y poner nuestras teorías en tela de juicio; someterlas a prueba en términos de los criterios que logremos obtener en cuanto a qué es lo que constituye las buenas teorías.

En este artículo, trataré de ofrecer, en forma tentativa, algunas afirmaciones acerca de cuáles son los que creo que constituyen los criterios de una buena teoría, aunque reconozco que experiencias ulteriores pueden llegar a conducirme a revisar dichas afirmaciones.

Mis asertos son de dos categorías: de acuerdo con la primera, los criterios que se establezcan han de ser aplicables a la mayoría de las ciencias y deben haberse sacado de la experiencia de científicos que no sean sociólogos; de acuerdo con la segunda, habrá que ofrecer algunos criterios de una buena teoría que sean aplicables, en forma particular, a la sociología, en cuanto ciencia distinta de las demás.

Como ya se ha establecido, una buena teoría debe ser una teoría correcta: es decir, debe de encontrarse que es compatible con el dominio más amplio de hechos conocidos pertinentes, y debe de explicar asimismo las relaciones entre todos ellos. Una teoría tal es probable que, primeramente, se construya a partir de las teorías simples "que flotan en el aire" y que han guiado las investigaciones "puramente empíricas" de las primeras etapas de la disciplina. En este sentido, Ogburn estaba en lo correcto cuando decía que una buena teoría tan sólo podría emerger una vez que la sociología hubiese acumulado un gran número de investigaciones puramente empíricas que pudieran "obtener hechos". Con esto, daba a entender que era probable que pudiera probarse que las "grandes teorías", obtenidas de nada que no fuera la imaginación y la observación casual de los primeros sociólogos, eran malas teorías. Nuestra experiencia investigadora ha probado, generalmente, que Ogburn estaba en lo cierto, y que muchos de sus contemporáneos y predecesores, considerados como "teóricos", estaban equivocados.

Pero, ha habido notables excepciones, a partir de los escritos penetrantes de un Cooley, de un Durkheim, de un Simmel, de un Weber, quienes sondearon áreas en las que tenían algún conocimiento (no siempre sistemático) y desarrollaron a partir de ello, algunas buenas teorías.

Ogburn, por supuesto, fracasó en cuanto a reconocer la presencia de teorías implícitas, simples, por detrás de las investigaciones que favorecía. Si a Ogburn hubiese de tomársele literalmente (en el sentido de hacerle decir que no debería haber ninguna teoría, sea la que fuere, por detrás de dichas investigaciones) se llegaría al absurdo de que los varios hechos recolectados para cualquier investigación particular y concreta no podrían llegar a relacionarse entre sí; no habría criterios para reconocer qué hechos deberían de recogerse o cuándo debería detenerse una investigación dada en la presentación de los hechos, y, en general, la investigación no sería sino un revoltillo de "hechos" inconexos o, en el mejor de los

casos, un censo —arbitrariamente limitado— de “hechos” o de “cuadros actuariales”. En realidad, las investigaciones del propio Ogburn y de otros a quienes él admiraba, eran algo mucho mejor que esto, lo cual indica que él, y ellos, usaban una buena teoría, aunque fuese implícita.

Nuestro segundo criterio de lo que es una buena teoría consiste en reconocer que la misma debe ser acumulativa. Contra la impresión popular, la historia de las ciencias naturales revela que una nueva teoría no echa por la borda la antigua. Einstein no desahucia a Newton, lo reexpresa; construye sobre lo suyo y extiende sus hallazgos haciéndolos irradiar, a partir de él, en nuevas direcciones. Si hemos de hablar en forma figurada diremos que sin Newton no hubiera habido Einstein.

Decir que una buena teoría es acumulativa significa que puede ser reexpresada, y que posibilita el que se construya sobre ella. Esto es característico de lo que los filósofos de la ciencia caracterizan, en ocasiones, como teoría causal, en cuanto distinta de la teoría funcional.

La teoría causal tiene sus proposiciones e hipótesis expresadas en la forma siguiente: “Si a, entonces b, manteniéndose constantes c, d, e”, o algún equivalente lógico de esto. La teoría funcional tiene sus proposiciones e hipótesis en la siguiente forma: “Si a, c y d, entonces b es cierto e inevitable”. La diferencia entre estas dos formas consiste en que la teoría funcional ofrece un sistema cerrado en el que todos los factores deben especificarse desde el principio, en tanto que la teoría causal tiene un extremo abierto, que siempre permite que lleguen a descubrirse nuevas variables intervinientes o limitadoras.

La teoría funcional sólo puede ser *elaborada* puesto que todos los supuestos y variables básicas (“los prerequisites funcionales”) deben estar presentes desde el comienzo. La teoría causal, por otra parte, puede ser *acumulada*, en cuanto que pueden agregarse nuevos supuestos y variables básicas, en cualquier tiempo, sin que se destruya la teoría hasta tal punto. Sean cuales fueren sus otros méritos, la teoría funcional no satisface este criterio de lo que debe ser una buena teoría.

En tercer término, una buena teoría debe estar preñada de hipótesis que pugnen porque se les derive. Esto es lo que se quiere decir cuando se dice que una buena teoría abre nuevos horizontes a la investigación. Una buena teoría estimula al investigador. Le hace desear obtener hechos que está seguro existen en ella. Le hace ingeniárselas, con sus métodos, a modo de construir nuevos implementos para conseguir los hechos oscuros que se predicen en la teoría. Toda esta estimulación y toda esa ingeniosidad pueden resultar dañinos para el investigador en caso de que la teoría resulte incorrecta (esto es, en caso de que no esté de acuerdo

con nuestro primer criterio) en cuanto lo puede comprometer extraordinariamente, puede cegar y desorientarlo. Pero, si la teoría satisface el criterio básico de que es correcta, también es deseable que estimule, dé aliento y provoque al investigador.

Un cuarto criterio de una buena teoría consiste en que ésta debe ser simple e inteligible. Éste es un viejo principio; el de la parsimonia de Occam. Es cierto que no todas las teorías correctas son simples e inteligibles, y que una teoría debe de ser, ante todo, correcta; pero si alguien se enfrenta a dos avenidas de desarrollo teórico que parecen igualmente correctas, es preferible que escoja la más recta. La profundidad de una buena teoría está en su poder de predecir, de abarcar la más amplia gama de hechos; no está en su complejidad, y es indudable que dicha profundidad no radica, en forma alguna, en su oscuridad. La teoría más profunda es, frecuentemente, la más simple y clara. Éste *no* es un criterio esencial; pero, es probable que cuente como uno de los muy importantes.

En quinto lugar, una teoría buena es completamente explícita; muestra todos sus supuestos, sus definiciones y clasificaciones *detalladamente*. Muchas teorías correctas se presentan de un modo apresurado, dejando que muchos de sus supuestos, definiciones y clasificaciones permanezcan implícitos. Esto no sólo dificulta mucho el razonamiento de quienes siguen a los teóricos, haciendo que estos últimos resulten menos convincentes, sino que reducen las oportunidades que habría para realizar un análisis subsecuente, del teórico y de su teoría, de acuerdo con la sociología del conocimiento.

Conforme se desarrolla la sociología, probablemente encuentre en la sociología del conocimiento uno de sus implementos más potentes, pues esta subdisciplina analiza las condiciones culturales y subculturales de desarrollo de las ideas, con inclusión de las teorías.

Conforme aprendamos más acerca de las condiciones bajo las cuales se desarrollan las buenas teorías, tendremos mayor capacidad para desarrollar nuevas teorías que sean buenas. Algunas de las influencias "cegadoras", limitadoras de una teoría dada, se compensan un tanto mediante un análisis del tipo de los que realiza la sociología del conocimiento, tanto de la teoría como de sus autores. Estas ventajas resultarían altamente serviciales, para cualquier ciencia, en cuanto derivadas de la sociología del conocimiento. Un análisis de sociología del conocimiento, por su parte, puede avanzar más fácilmente si todos los aspectos de una teoría se han explicitado totalmente. Esto tampoco es un criterio esencial para reconocer una buena teoría; pero es algo que resulta deseable para evaluarla.

II. *Peligros que deben evitarse al usar la teoría*

Existen también algunos peligros en el uso de la teoría, dentro de la ciencia. Puede argüirse que estos peligros no son inherentes a la utilización de la teoría, sino que resultan —más bien— del mal uso de la teoría. Por muy certero que sea esto, desde el ángulo lógico, es, con todo, aparente el que el uso de la teoría como guía para la investigación parece conllevar, siempre, ciertas consecuencias indeseables.

1. La teoría canaliza la investigación a lo largo de ciertas líneas; no estimula igualmente todas las líneas de investigación. Si la teoría demuestra, en última instancia, que es incorrecta se habrán gastado, por una parte, muchos años de trabajo y, por otra parte, las nuevas ideas pueden haber carecido de la debida y justa oportunidad de ser expresadas.

2. La teoría tiende a prejuzgar la observación; hay ciertos supuestos y definiciones inevitables en cualquier teoría dada, y éstas limitan la observación en mayor grado que el deseable en una ciencia joven. Sin una teoría podríamos tender a aceptar definiciones y supuestos alternos en una pesquisa dada. La teoría limita usualmente al investigador, quien debe sujetarse a un conjunto consistente de definiciones y supuestos.

3. Los conceptos necesarios en la teoría tienden a ser reificados. La tendencia a reificar conceptos puede ser una característica general del comportamiento humano, pero el uso de las definiciones teóricas parece estimular esta debilidad humana.

4. Nos enfrentamos, en la ciencia social, con el hecho —raras veces mencionado, pero rápidamente verificable— de que la replicación de un estudio sólo en raras ocasiones llega a conclusiones idénticas. Esto puede ser el resultado del uso de pobres medios de medida, o puede deberse al hecho de que hasta ahora hemos fallado en cuanto a captar la gran diversidad y complejidad de la materia objeto de estudio. Hasta que resolvamos estas dificultades y podamos asegurar replicaciones consistentes de hipótesis simples, no tenemos justificación en cuanto formulamos teorías elaboradas que suponen consistencia en los hallazgos. Esto es una indicación en favor de teorías más simples y de bajo nivel.

5. Hasta que una teoría sea verificada completamente —lo cual en la práctica no ocurre nunca— tiende a conducir a generalizaciones abusivas de sus conclusiones específicas, extrapoladas a áreas de comportamiento que se encuentran fuera de su ámbito original. En la ciencia social nos

hemos enfrentado al problema de que los estudios sobre la forma en que las ratas aprenden a recorrer laberintos se han utilizado para guiar el desarrollo de los niños, y de que se ha sugerido que las conclusiones que se desprenden de la investigación del comportamiento neurótico de los adultos pueden ser una guía principal para la comprensión de la política. La teoría parece estimular el procedimiento acientífico de sobre-generalización. Debemos, por tanto, ser cautos, y limitar nuestras conclusiones a los diversos campos de los que nuestros datos son ejemplo representativo, sin que importe que tan generalizable sea el lenguaje de nuestra teoría.

6. En caso de haber teorías rivales del comportamiento humano —y es inevitable que tienda a haberlas en una sociedad democrática y pluralista— la rivalidad parece que estimulará la distorsión de los simples hechos. Muy frecuentemente, los científicos pueden estar de acuerdo en aserciones de hecho, pero tener muy serios desacuerdos por lo que se refiere al significado o explicación de tales hechos en un nivel teórico. A veces, incluso las causas inmediatas de los hechos son materia de acuerdo, pero las más básicas —que sugiere la teoría— no lo son. Esto indica que debe buscarse una agudización de la teoría, y que deben de evitarse tanto el lenguaje impreciso, como las vagas inferencias.

Los anteriores “peligros” de la teoría proceden, en realidad, de las fallas sociopsíquicas de los seres humanos que usan la teoría. Hay dos cosas que pueden reducirlos al mínimo: 1) el reconocimiento de las debilidades humanas, cuando se usa la teoría; 2) la realización de la investigación de acuerdo con los criterios de una buena teoría. Lo que es de tal modo esencial para la ciencia no debe de evitarse por causa de las típicas propensiones humanas.

III. *Requerimientos especiales de una buena teoría sociológica*

Es probable que los científicos de todas las especialidades puedan estar de acuerdo con muchos de los requerimientos antes mencionados de lo que es una buena teoría, así como con respecto a la lista de fallas humanas típicas en el uso de la teoría. Pero, puede haber también requerimientos especiales para una buena teoría dentro de la sociología, que corresponderá discutir a los sociólogos, como uno de sus deberes especiales. Los filósofos de la ciencia pueden hacer una contribución a ella en términos de principios generales; pero, quienes han realizado investigaciones en sociología pueden haber tenido experiencias especiales que les hayan podido llevar a pensar que cierta clase de teorización puede ser más

fructífera que otra para la investigación, a causa de las características especiales de la materia sociológica. Aquí no podemos hacer otra cosa sino abrir esta discusión; esperamos que la misma no se cierre, sino que encuentre, de continuo, nuevos aspectos, conforme la disciplina se desarrolle y cambie.

Muchos sociólogos han desarrollado teorías que son, esencialmente, de carácter biológico o psicológico, y han realizado excelentes investigaciones mediante el empleo de esas teorías. Y si bien no deben desalentarse tales esfuerzos, debe entenderse que dichos sociólogos están actuando como biólogos o como psicólogos y no como sociólogos. Si ha de haber una teoría *sociológica*, los sociólogos deberán encontrar un *nivel distintivo* de teorías al que pueda denominarse sociológico. Es concebible el que las mismas manifestaciones del comportamiento humano pueden analizarse en el nivel biológico, en el psicológico, en el sociológico o en otro cualquiera, pero, nuestra tarea, como sociólogos, debe consistir en hacer una contribución distintiva al conocimiento, para explicar y predecir el comportamiento de los seres humanos en forma tal, que sólo los sociólogos o quienes actúen como tales, puedan hacerlo. Es cierto que habrá definiciones e interpretaciones conflictivas con respecto a qué es lo que corresponde, distintivamente, al nivel sociológico; pero, la finalidad de descubrir y de confirmar o negar confirmación a nuestras teorías en cuanto distintivamente sociológicas debiera ser una de nuestras metas. Consideramos que éste es uno de los requerimientos de una buena teoría sociológica.

El teórico funcionalista que se pone a buscar los prerequisites funcionales para la existencia misma de una sociedad, o de un grupo pequeño, (o microgrupo), o de una institución, está operando dentro de los límites de dicho requerimiento. Así lo está haciendo, también, un teórico interaccionista que especifica sus variables en términos de las definiciones subjetivas pero comunicables de los elementos de la situación (incluyendo las autodefiniciones) y en términos de valores comunicables que motivan y dirigen el comportamiento. Existen otras teorías distintivamente sociológicas y otras más llegarán a concebirse en el futuro; pero, en todos los casos, serán buenas teorías sociológicas parcialmente a causa de que se encuentran en un nivel distintivamente sociológico.

Dentro de una vena un tanto opuesta, nos gustaría sugerir que una buena teoría sociológica no representa una contradicción con respecto al conocimiento obtenido en otros campos del comportamiento humano. Puede llegar a considerar que ese otro conocimiento carece de relevancia o de importancia para ella, pero debe evitar el considerar que ese conocimiento descubierto por otros científicos, está errado. Algunos sociólogos desarro-

llan teorías omnicomprehsivas del comportamiento humano que tratan de suplantar —en vez de buscar complementar— el conocimiento procedente de otras ciencias. Justamente en la misma forma en que la sociología debe ser distintiva, debe, también, ser especializada. Si hay discrepancias entre las teorías de la sociología y de la psicología, por ejemplo, deben diseñarse pruebas cruciales para determinar qué teoría puede lograr un apoyo empírico. Pero, ordinariamente, las teorías sociológicas no cubrirán los mismos problemas que la teoría psicológica. Puede suponerse que un aspecto del comportamiento humano puede ser interpretado simultáneamente en términos biológicos, psicológicos y sociológicos, sin contradicción entre estas interpretaciones. Unos cuantos biólogos y muchos psicólogos han tratado de explicar el comportamiento social en el nivel de sus propias disciplinas, prescindiendo, así, de cualquier sociología posible. Los sociólogos teóricos no deben de cometer los mismos errores.

Muchos problemas sociológicos son difíciles de estudiar y, en muchas ocasiones, ciertos métodos científicos de investigación —como ocurre con el experimento— no son factibles en cuanto a su aplicación al comportamiento humano. Los sociólogos tienen que realizar a veces, una difícil decisión para determinar si adaptarán su teoría a la factibilidad metódica o si se abstendrán de someter a prueba una teoría hasta que se llegue a desarrollar, en el futuro, un método adecuado. Una buena teoría sociológica requiere el último enfoque. Ordinariamente, no se trata de posponer toda la investigación en cuanto a someter a prueba una teoría, sino de usar métodos sustitutivos, menos adecuados, para llenar los huecos correspondientes, en forma temporal o provisional. También se trata, ocasionalmente, en la experiencia, de que una teoría provocativa pueda conducir al desarrollo de técnicas de investigación muy ingeniosas, de la que no se disponía en el momento en que se formuló por primera vez la teoría. A causa de su materia objeto de estudio, los sociólogos tienen usualmente más problemas con el método que la mayoría de los restantes científicos. Pero deben de guiarse por el mismo principio que utilizan, de un modo implícito, los otros científicos, el cual consiste en adaptar sus métodos a sus problemas y no sus problemas a sus métodos.

Los sociocientistas parecen afligidos por una tendencia a derivar sus teorías mediante analogías que toman como punto de partida las ciencias físicas y biológicas, mejor establecidas. En vez de seguir el método de las ciencias más desarrolladas, consistente en desarrollar la teoría a través de una observación directa o una docimasia crucial, gracias a un pensamiento laborioso y a una aguda penetración, muchos sociólogos han

adaptado simplemente una teoría específica de un físico o de un fisiólogo a su propio objeto de estudio.

La analogía es una fuente de ideas para el hombre, pero es sólo una, y una de las fuentes más peligrosas, pues su usuario tiende a creer que el apoyo empírico que se encuentra detrás de la teoría original puede transferirse a la nueva materia objeto de estudio. En realidad, debe reconocer que una analogía de la ciencia física no tiene más importancia para el objeto de estudio sociológico que la que podría tener el mero capricho de la imaginación más indisciplinada. La evidencia para una teoría sociológica debe proceder, exclusivamente, de los estudios que se realicen sobre la materia objeto de la sociología.

La historia de la sociología está obstruida por el mal uso de las analogías: “la sociedad como organismo”, “la evolución social” (el darwinismo social), “la mentalidad grupal”, “los instintos humanos” fueron doctrinas de ciertos sociólogos del siglo XIX y de principios del XX que retardaron el desarrollo de la disciplina, en ocasiones durante décadas. Los autores de estas teorías transfirieron el prestigio de la biología a sus propios esfuerzos y, en realidad, proclamaron que no necesitaban someter sus teorías a pruebas sociológicas, debido al peso de la evidencia procedente de la biología. Actualmente se acepta —en forma general— que las suyas eran teorías erróneas, por lo menos en sus formulaciones más tempranas, y que las mismas desorientaron a la disciplina. Cooley tuvo que luchar contra Galton; Boas tuvo que combatir a Spencer y a Morgan, y muchos otros tuvieron que gastar su tiempo en contradecir la evidencia y en polemizar, en lugar de pensar e investigar constructivamente. Con unas cuantas excepciones de primera importancia, la sociología, hacia 1920, consistía en afirmaciones sostenibles de qué era lo que no se conocía más que de qué era lo que se conocía.

Actualmente, nos hemos colocado en la misma situación desgraciada en que nos encontrábamos antes de 1920, en cuanto dependemos de analogías biológicas para establecer la teoría, en vez de depender de intuiciones que emanan de la observación y la investigación sociológica directas. Muchos sociólogos se encuentran impresionados por las nociones de “necesidades societarias” —denominadas en ocasiones con las expresiones “patrones variables”, o “prerrequisitos funcionales de la sociedad”— que se tratan conceptualmente de una manera que difiere poco de las nociones más antiguas de “instinto”, pero que ahora se aplican a la sociedad en vez de aplicarse al individuo. Se nos hace saber que son necesarias e inevitables y que, por lo tanto, tienen que ser innatas; aprendemos que hay sólo un número limitado de las mismas, aun cuando el número varía de acuerdo

con los intereses momentáneos del autor de que se trate; aprendemos que son universales, de la humanidad toda, aun cuando haya pocos de entre quienes las usan que hayan buscado estudiar directamente una variedad muy amplia de sociedades.

Esos mismos sociólogos han tomado en préstamo a la biología otro gran concepto (y en este caso lo han tomado de la fisiología); se trata del concepto de homeostasis y han tratado de hacer de él la piedra miliar de una teoría de la sociedad. Sin que importe cuán cierto sea el que el cuerpo del individuo tenga la “sabiduría” de ajustar continuamente sus variadas funciones entre sí, a modo de que continuamente se mantenga todo el sistema en equilibrio, esto no proporciona una sola nota de evidencia en el sentido de que la sociedad funcione en la misma forma.

En tanto que la teoría funcionalista es superabundante, y mientras que muchos investigadores le prestan acatamiento al principiar sus informes de investigación, en la práctica no hay estudios que hayan sido realizados para proporcionar una prueba de la teoría funcionalista.

El retroceso hacia una teoría lograda por analogía parece formar parte del *Zeitgeist* contemporáneo de los sociólogos. A más de la presión poderosísima para adoptar las analogías funcionalistas de la homeostasis y de las “necesidades sociales”, existe una fascinación un poco menor en favor de las analogías que o consideran a la “sociedad como un drama” o que conciben a la “sociedad como un intercambio” Éstas pueden ser ideas seminales, y las sugerencias que puedan proporcionar a la investigación deben de proseguirse por todos los medios posibles; pero, los sociólogos nos debemos de guardar —obviamente— de la insidiosa atracción de las analogías.

Nosotros tendemos a descansar excesivamente, al aceptarlas, y no tendemos a mirarlas con el mismo escepticismo predispuesto o apático que usualmente consagramos a otros tipos de teoría, dentro de la sociología. Ciertamente que no podríamos encontrar una aceptación semejante de las analogías (hechas a partir de la sociología) en las ciencias mejor establecidas como la zoología o la economía.

La historia de nuestra disciplina muestra que los sociólogos tienen una especial proclividad a ser desviados hacia los callejones sin salida de la analogía. Y si la analogía *puede* proporcionar una buena teoría, de hecho, ordinariamente *no la proporciona*. De este modo, debemos de ser especialmente cautos cuando la utilicemos.

Estas sugerencias para la construcción de una buena teoría sociológica, pueden expandirse mucho, y ello es indudable. Debería de ser un interés permanente de nuestra disciplina el descubrir dichas formas de expandirlas.